

La sequía de Texas de los años 1930 y desde 2009 ha llegado a California Centro, 2011

BLAIN ROBERTS y ETHAN J. KYTLE, 9 de febrero de 2014 ¹

FRESNO, California - Cada sábado de diciembre y enero pasados, conforme la familia en Vermont, Nueva York e incluso el sur de Louisiana derramaba informes de las brutales temperaturas y nevadas históricas, hicimos peregrinaciones semanales por nuestra cervecería local para disfrutar de cervezas artesanales y de tardes cálidas fuera de temporada.

Los inviernos normales aquí en Fresno, en el corazón del Valle Central de California, traen temperaturas que en promedio alcanzan los 50 grados (10 grados C), períodos estables de lluvia y llovizna, y la densa niebla de Tule que cala hasta los huesos y puede cubrir el valle por días e incluso semanas.

Pero no en este año. En lugar de ello, a principios de 2014 tuvimos cielos despejados y temperaturas de 21 grados C al mediodía (70 Fahrenheit). Parecía abril a finales de enero, con árboles de primavera en plena floración.

Con seguridad, estábamos preocupados por tan anómalo clima. Un sistema de alta presión estacionado frente a la costa de Alaska había producido no sólo nuestras altas temperaturas, sino también niveles elevados de partículas finas en el aire y más de 50 días sin lluvia, el empeoramiento de una sequía de tres años, el más grave en medio milenio. Si tan mal nos va en enero, ¿cómo será en julio? Pero entonces volveríamos a los grifos de cerveza, o serpentearíamos para examinar los menús de los camiones de alimentos.

La vida en el Valle Central gira en torno a dos preocupaciones estrechamente relacionadas entre sí: la calidad del aire y la cantidad del agua. Aunque Fresno es la quinta ciudad más grande del estado, en realidad es sólo un extenso pueblo granjero en medio de la región agrícola más productiva del país, llamada a menudo “la cesta de frutas de América”. Rodeado de montañas que atrapan la contaminación que genera una población creciente, el transporte interestatal y decenas de miles de granjas, el valle cuenta con aire nocivo, incluso en los días buenos.

El ambiente político que rodea los cultivos de riego es igualmente tóxico. Algunas granjas en el valle occidental —afectadas por recortes en las asignaciones de agua, sales acumuladas en el suelo y acuíferos agotados— ahora se asemejan a la zona desértica que atrajo aquí a tantos Tom Joads² en el decenio de 1930. Los agricultores alinean a las carreteras señales que insisten en que “la comida crece donde el agua fluye”, mientras que los ambientalistas responden que la industria de la agricultura consume 75% del agua que transporta el bizantino sistema hidráulico de California.

La población local evalúa la situación en términos de números y colores. Los meteorólogos compilan y registran estadísticas sobre las precipitaciones con toda la regularidad y precisión de los promedios

1. http://www.nytimes.com/2014/02/10/opinion/the-dust-bowl-returns.html?_r=1&module=ArrowsNav&contentCollection=Opinion&action=keypress®ion=FixedLeft&pgtype=article

2. Tom Joad, personaje de *Las uvas de la ira* de John Steinbeck, que caracterizó Henry Fonda en la versión cinematográfica de la novela.

de bateo, pero sin diversión alguna. El índice de calidad del aire —que va de un verde “saludable” a un marrón “peligroso”— ocupa una ominosa presencia en el día, no muy diferente de la escala de alerta al terrorismo codificada en colores, que se adoptó después del 9/11.

Los expertos ofrecen francas advertencias. La actual sequía ya ha eclipsado crisis de agua anteriores, como la de 1977, que un amigo meteorólogo tradujo a un lenguaje comprensible para los historiadores como “la Gran Depresión” de las sequías. Para abastecerse de agua, la mayoría de los californianos depende de la Sierra Nevada, pero la capa de nieve fue sólo 15% de la normal a principios de febrero. Y las condiciones de sequía tienden a contaminar aun peor el aire en el Valle Central —lo que contribuye a las altas tasas de asma y a la propagación de la fiebre del Valle, un hongo en el aire potencialmente fatal.

La crisis actual plantea la pregunta obvia: ¿Cuánto tiempo podemos seguir cultivando la tercera parte de las frutas y hortalizas de la nación?

Tom Willey, un agricultor orgánico de la cercana Madera, de modales geniales y la barba nevada de un Santa Claus dorado— sin duda se pregunta. Durante seis años y medio, él y Denesse, su esposa, han surtido la mayoría de las hortalizas de nuestra familia a través de su programa de agricultura, apoyado por la comunidad. Los Willeys nos enseñaron a apreciar las coles e incluso convirtieron a nuestra hija de cinco años en fanática de las coles de Bruselas, que se come directamente de la caja procedente de la granja.

Hace veinte años, el nivel freático bajo la granja de los Willeys estaba a 36.5 metros, pero una prueba de pozo tomada a fines de enero reveló que se encuentra 18 m más abajo. Según cálculos de Tom, la mitad de esa profundización se ha producido en los últimos dos años.

Los Willeys han hecho todo lo posible por salir adelante. Han reducido los cultivos menos rentables, y ya recurrieron a profesionales de la agricultura sostenible. Sin embargo, muchos agricultores no lo han hecho y el futuro es preocupante. El bombeo de acuíferos es tan intenso que el terreno en partes del valle se hunde cerca de 30 cm al año. Una vez que los acuíferos se comprimen, nunca se vuelven a llenar con agua. No es ninguna sorpresa que Tom Willey despierte cada mañana con un nudo en la garganta. Cuando le preguntamos cuáles agricultores sobrevivirán el verano, responde llanamente: los que cavan más profundo y bombean con mayor dificultad.

Sin embargo, a pesar del mal que nos rodea, aquí en Fresno es difícil encontrar evidencias de que la sequía esté cambiando el comportamiento de sus habitantes. Han hecho algunas concesiones, principalmente para mitigar los efectos del aire contaminado. Dos de nosotros, por ejemplo, hemos suspendido la práctica del trote para aliviar la presión sobre los pulmones.

Mientras que las comunidades religiosas del valle organizaron una jornada de oración y ayuno, rogando a Dios que envíe la lluvia, los esfuerzos concretos para resolver el problema del agua son menos evidentes. El gobernador Jerry Brown ha pedido a todos los californianos que reduzcan su consumo de agua en 20%, pero los céspedes residenciales, sembrados anualmente con raigrás invernal, continuarán resplandeciendo de color verde brillante y se mantendrán vivos por sistemas de riego que se activan en la oscuridad de la noche.

Desde hace mucho los habitantes de Fresno se han resistido a las medidas de ahorro de agua, aferrándose tenazmente a una cuota fijada por el sistema “usa toda la que puedas”. Bajo la presión de

funcionarios estatales y federales, a principios de 1990 Fresno empezó a equipar las nuevas casas con medidores de agua, pero los votantes aprobaron una iniciativa de ley que prohíbe a la ciudad hacer lecturas del consumo. Se requirieron dos decenios para que todos los hogares de la zona adquirieran medidores y para que la ciudad empezara a hacer mediciones. A su favor, Fresno tiene un programa de dotación que limita a los residentes el riego de sus jardines. Pero la aplicación, por decirlo caritativamente, es laxa.

Nuestro comportamiento aquí en el valle se percibe como algo insostenible y autodestructivo, y en gran medida somos los culpables. Pero también contamos con el apoyo entusiasta de un grupo de facilitadores: decenas de millones de compradores estadounidenses que devoran lechuga y pasas, zanahorias y tomates, almendras y pistaches cultivados en nuestros campos.

Por la mañana del jueves cayeron chubascos por tercera vez en una semana. Los fieles ven señales de una intervención divina, pero parece claro que necesitamos organizar nuestra propia intervención. Estas tormentas trajeron menos de dos pulgadas de lluvia —apenas una gota en nuestro agotado cubo goteante.